

Esa llamada a los trabajadores es una consecuencia del temporal político que ha conmovido a los franceses. Entre las firmas, Alain, Benda, Breton, Cassou, Fargue, Fernández, Gide, Bloch, Romain Rolland, Vildrac, Lalou. La responsabilidad del manifiesto ha sido tomada por el presidente y los dos vicepresidentes del comité antifascista: Alain, Paul Langevin y Paul Rivet.

Sólo transcribiremos el primer párrafo del documento:

«Unidos, por encima de toda divergencia, ante el espectáculo de las manifestaciones fascistas de París y de la resistencia popular que, por sí sola, se ha encarado con ellas, declaramos a todos los trabajadores, camaradas nuestros, la resolución de luchar, unidos a ellos, para salvar contra una dictadura fascista, cuánto el pueblo ha conquistado de derechos y libertades públicas. Estamos dispuestos a sacrificarlo todo para evitar que Francia sea sometida a un régimen de miseria y de tiranía belicosas. Condenamos la innoble corrupción que han mostrado los recientes escándalos».

Y un poco más adelante:

«No dejaremos a la oligarquía financiera explotar, como en Alemania, el descontento de las masas arruinadas por ella»...

Este manifiesto ha originado un comité de acción y un boletín semanal, para instruir a las masas que el fascismo quiere seducir: media y pequeña burguesía, agricultores, hombres sin trabajo, jóvenes...

Las palabras subrayadas están exactamente traducidas.

Mauriac, Académico

□ Hace algunos meses que se verificó la recepción solemne del autor de «Therese Desquéroux» en la Academia Francesa. Los datos sobre la sesión y el contenido de los discursos no llegaron hasta mucho después a nuestras manos. El acontecimiento merece una detención atenta. El nuevo Académico reemplaza a

Eugene Brioux. Sus padrinos de entrada son Henry Bordeaux y Paul Valery. Curiosa coincidencia, la de substituir a Brioux y la de tener que ensalzar, como es costumbre, en su discurso de entrada, al predecesor de quien tanta distancia ideológica le separaba. Pero para los ingenios hay pocas dificultades. Mauriac encaminó su discurso por un derrotero que no desmereció de la curiosidad con que todos esperaban su palabra. Eugene Brioux, fué librepensador; demostró, en más de una ocasión, su ateísmo. Pero, Mauriac, supo encontrar en el alma generosa del autor de «*Les Avariés*», algo así como un cristiano que se ignoraba a sí mismo en su virtud, un apóstol que vivió una existencia llena de caridad, siendo, al final de su vida, el ángel de los soldados ciegos de la gran guerra.

Analizó después el teatro de Brioux en su aspecto social, estableciendo sutiles deducciones sobre el arte dramático: «Que si el más desinteresado en apariencia, el más poético, se dirige directamente a la multitud para no enseñarle nada de positivo y no aportarle ninguna luz. . . no puede, por otra parte, servir a la humanidad, sino siendo fiel a su propio fin, que es la ciencia del hombre». El espíritu profundo de Brioux, no se manifestó con tanta frecuencia en sus dramas, aparentemente superficiales a veces, «por su deseo de auxiliar al más necesitado, de obtener resultados inmediatos y tangibles para paliar o disminuir ciertas miserias manifiestas».

Le contestó André Chaumeix. Al principio de su discurso, con cierta malicia suave, creyó necesario manifestar su disconformidad con el retrato que de Brioux acababa de trazar el nuevo inmortal. Brioux, a través de las palabras de Mauriac, más se asemejaba a un héroe del propio novelista que a lo que fué realmente, para los ojos de Chaumeix: «Un novelista, cuando cultiva la fantasía de hacerse crítico por un tiempo, no deja de ser siempre un hombre de imaginación». El Brioux que Francois Mauriac había pintado, era una creación (para el receptor Chaumeix) tan moriaciana como Teresa Desqueyroux o la familia

Frontenac. Después, analizando la obra del recipiendario, se mostró, dentro de la más correcta actitud académica, como un adversario manifiesto: «A veces sois un frenético... Atormentáis al cristiano... Sois el gran maestro de la amargura»... Pequeños disparos, flechitas aguzadas, lanzadas con maestría.

Gobineau ✓

□ Lo que son las cosas!... Quién iba a decir!... Frases de este jaez se ocurren al ver que Hitler ha retrotraído la atención intelectual hacia el Conde de Gobineau. Hitler o su portavoz intelectual, Spengler. Tampoco íbamos a imaginar esto último, pero... lo que son las cosas!

Casi al mismo tiempo se publican varias obras sobre el casi olvidado escritor, que renace a la actualidad. Primero, Clement Serpeille de Gobineau publica la correspondencia entre Gobineau y Prokesch. Antón Prokesch era un oficial austríaco que representando a su país en la Dieta Germánica de Francfort, encontró al conde que en aquella sazón era secretario de la legación de Francia. Se había publicado, muy poco antes, la primera parte del «Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas». Prokesch no podía imaginar que un jovenzuelo como aquél hubiese escrito semejante obra. Se hicieron amigos. Después la diplomacia los alejó. Prokesch fué siempre un animador del amigo lejano. Gobineau era un hombre fácil a la desesperación y a la desgana: «Cuando considero—le escribía—lo que he conseguido con tanto trabajo y energía gastados, tengo la tentación de echarme por tierra y de no hacer ni un solo esfuerzo más». Y Prokesch le contestaba: «Tenéis la universalidad de un Miguel Angel. No me extraña que seáis a un tiempo escultor, pintor, historiador, filósofo, hombre de mundo y de ciencia. Dios os hizo así. No os enorgullezcáis». Pero, Gobineau, sin enorgullecerse, trabajaba sin esperanza, sin pretender que le entendieran fácilmente. Su triunfo actual, tal vez más intenso que el que le